

PRIMER PREMIO - TERCERA MODALIDAD (Bachillerato y Ciclos formativos)

MICAELA MIRASOL DOMINGO (1ºBach.D)

Unos ojos marrones sin luz

Otra mañana que me despierto y pienso que no hay mayor placer que poder mirarla y contemplarla sin que ella se dé cuenta. A la que, a mis ojos, es la mejor mujer del mundo. La llevo viendo sesenta años en el mismo lado de la cama y siempre la veo igual de guapa. Aunque, como a todos, la edad le ha pasado factura. Ya no tiene el rostro terso de la juventud, sino que ahora queda invadido por unas cuantas arrugas, que, a mi modo de ver, la hacen aún más sabia y digna. Alargo un poco el brazo para encontrarme con su mano y la acaricio suavemente, para no despertarla. Una mano fina y huesuda. Noto sus venas, su piel casi transparente, como si se me fuera a deshacer en los dedos. Ellas, como todo, han cambiado, aunque siguen teniendo la misma silueta que las que cogí por primera vez hace ya más de medio siglo. Me inclino despacio hacia ella y con cuidado la beso en la mejilla. Mi momento favorito del día. Ella se despierta y se gira hacia mí. Y, como cada mañana, me mira preocupada y desubicada, con la mirada perdida. Es ahí cuando viene la pregunta que más me duele: “¿quién eres?”.

- Soy tu marido. Tomás.

Yo se lo digo por si ocurriera un milagro, pero también conozco la respuesta que viene a continuación:

- Yo no tengo marido.

A pesar de que ya estoy más que acostumbrado, todavía me cuesta escuchar esas palabras salir de ella. Contengo mis ganas de llorar y trato de suavizar el nudo en la garganta mientras me levanto de la cama para hacer el desayuno.

Cuando ya lo tengo, vuelvo a la habitación y la incorporo en la cama para poder vestirla. Al cogerla me doy cuenta de que cada vez pesa menos y que se le notan más los huesos. Le quito el pijama y me fijo en su cuerpo desnudo, lleno de marcas del paso de los años. Lejos de lamentarme por lo que el tiempo ha hecho con su cuerpo, pienso que todas ellas son señales de lo que hemos vivido juntos. Le pongo el vestido más bonito que tiene y la peino con mucho cuidado. Le doy un beso en la frente y le digo lo guapa que está mientras la siento en la silla de ruedas para llevarla a la cocina. Le doy el desayuno, una cucharada de papilla, que ya es lo único que puede comer. Recojo todo y abro la ventana para que se ventile la casa. A lo lejos se escucha el canto de los abejarucos. Ya han vuelto un año más con la primavera.

- Abejarucos. Siempre me ha gustado escucharlos. – Dice.
- Lo sé, cariño. ¿Te acuerdas cuando todos los fines de semana nos íbamos a buscar pájaros para poder verlos con los prismáticos?

Al decir esto, me doy cuenta de que he hecho la pregunta más absurda del mundo. Por supuesto que no se va a acordar.

- Recuerdo toda la paz que sentía. Era nuestro momento favorito.

Se me cae una lágrima, y después otra, y así hasta que no me quedan más. Un momento de lucidez; un rayo de sol en ese mundo gris de la memoria. Me acerco más a ella y la abrazo, y empiezo a darle besos por toda la cara mientras le digo todo lo que la quiero. Me mira fijamente, con esos ojos, mis ojos favoritos del mundo, los ojos que llevan nuestros hijos; y noto cómo recuperan el brillo que siempre han tenido.

- Mi Tomás.

Y esas dos palabras son suficiente para mí. Son todo lo que me hace falta escuchar. No sé cuántas veces más voy a volver a ver esa mirada; ni tan siquiera si volveré a escuchar su voz. Solo sé que, a las puertas de la muerte, todavía quedan resquicios de nuestro amor.